

LA PALABRA Y EL HOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Mario Muñoz

“Espiral”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 72, abril-junio de 2025, pp. 34-35.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000

Xalapa, Veracruz, México

Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Espiral*

Mario Muñoz

Let me face hurricanes...

DIDO

Era un hombre entrado en años que no había tenido intimidad con ninguna mujer. El único afecto femenino que conocía era el de su madre, muerta hacía tiempo, y cuyo patrimonio, en principio otorgado por el abuelo, consistió en dejarle la casona donde vivía y una cuenta bien saneada que el banco incrementaba mes con mes, pagándole con los intereses la pensión vitalicia estipulada en el testamento. El beneficio pecuniario le bastaba para no tener apremios económicos que lo presionaran a trabajar. Falto de cualquier vínculo sentimental, su existencia parecía ignorar las turbulencias morales que alteran el ánimo del común de la gente, pues lo peor había pasado muchos años antes. Desde entonces, concentrado en el espacio de la vieja casa de amplias habitaciones llenas de objetos familiares, tenía escaso contacto con la realidad. La causa de este alejamiento parecía remontarse a la época en que asistió al colegio particular de enseñanza básica. En ese corto periodo, la timidez lo hizo víctima de la violencia del grupo y del maltrato de los maestros, situación que fue decisiva para que su madre lo retirara de la escuela y decidiera educarlo por cuenta propia. El niño estuvo feliz con tal decisión, que en adelante le permitiría leer solo aquellos libros de su agrado y frecuentar la nutrida biblioteca del abuelo sin tener la obligación de preparar

los tediosos deberes de los profesores.

En la penumbra de ese recinto pasaba las horas escamoteadas a cualquier pasatiempo que no fuera el de sumergirse en las novelas y cuentos de autores decimonónicos o en algunos tratados de ciencias esotéricas de las cuales desconocía el significado, pero llevado por la curiosidad insistía en semejante lectura. En cierta ocasión, mientras hojeaba un polvoriento volumen ilustrado por Doré, encontró un sobre amarillento que contenía una carta manuscrita dirigida a su madre. La leyó y al concluir la lectura sintió tanto la aguda punzada de la afrenta que estuvo varios días hundido en la depresión. Silencioso como era, no dijo nada, pero el suceso sirvió para acercarlo más a ella, que nunca le mencionaría la identidad del padre, ni a él le interesaría saber quién había sido ese oscuro y aborrecible personaje.

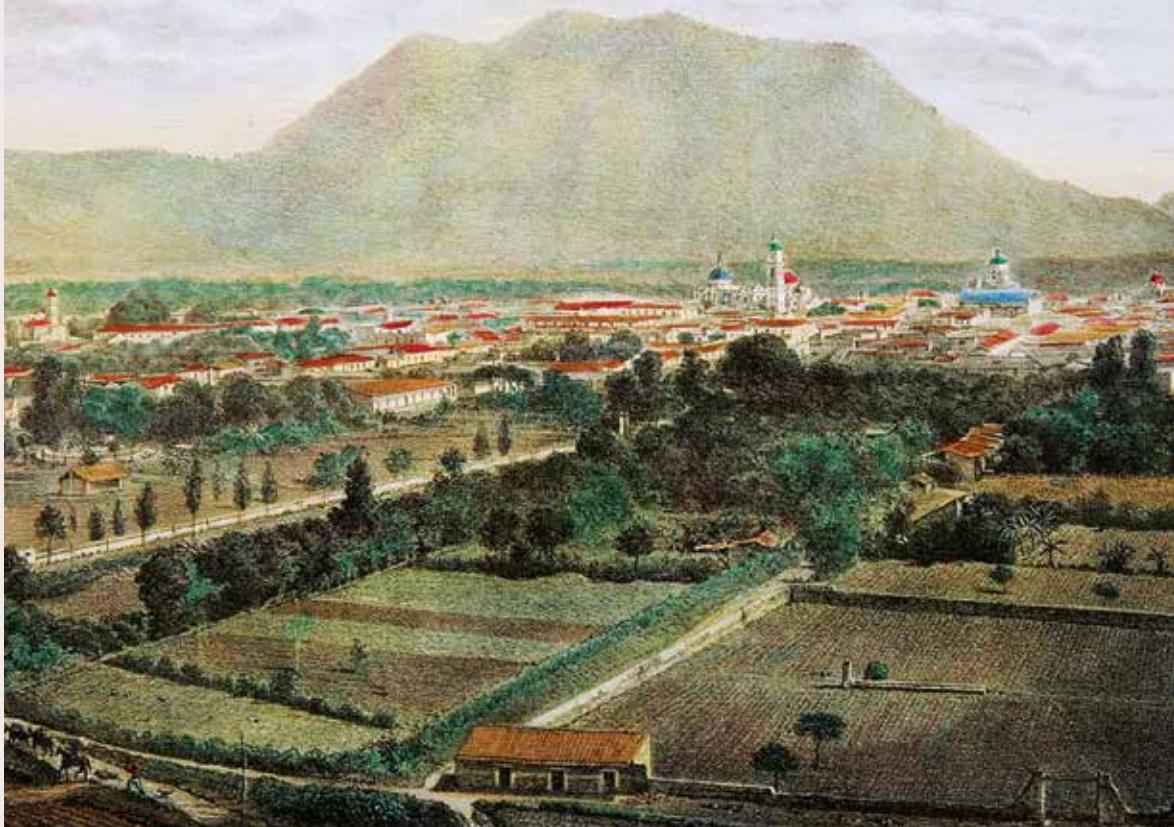
Los años fueron deslizándose con la silenciosa cautela de la serpiente que la víctima no advierte hasta sentir la mordedura letal. Así de improviso sintió la madre los estigmas de la vejez, mientras el niño sufría la temida mutación a la juventud. El espejo mostraba la imagen de un ser extraño con una fisonomía diferente de la suya. Era otro. A partir de entonces cargaría con ese fardo cada vez más pesado conforme pasaran los años.

La transformación advertida cimbró el mundo interior del adolescente porque jamás podría resignarse a dejar para

siempre la niñez. En cambio, la madre, previsora como era, cuando percibió las primeras señales de envejecimiento empezó los preparativos del sepelio. Así, llegado el momento decisivo del viaje hacia la nada infinita, su hijo lo tendría todo resuelto. Quería ahorrarle incluso la pena de amortajarla. Solo tendría que llamar a los empleados de la funeraria y ellos se encargarían hasta de los menores detalles. Cada indicación parecía aceptarla el joven con la misma resignación que demostró cuando siendo aún niño presenció la agonía del abuelo, que murió a edad avanzada abrazando el crucifijo de madera que él, único nieto del anciano caballero, había colocado en un lugar visible de la biblioteca, sitio predilecto del señor de la casa.

Tal como estaba previsto, cuando su madre amaneció muerta llamó a la funeraria, vinieron por el cadáver, lo depositaron en el sobrio ataúd que ella había elegido y se lo llevaron en la carroza fúnebre para la cremación. Permaneció en el recinto sin ningún acompañante hasta que le entregaron las cenizas en una urna de vidrio transparente. Firmó de recibido y regresó devastado al caserón, que ahora le parecía la imagen de un paisaje arrasado por el fuego.

Colocó las cenizas junto al crucifijo de madera y fue a sentarse en el sillón donde acostumbraba leer. La noche comenzó a envolverlo en el capullo de la oscuridad y con ella las cosas empezaron a hundirse en el silencio espeso del tiempo, solo interrumpido por el sonido de las horas marcadas a distancia por el reloj de péndulo del comedor. Semejante a un bloque de piedra, pasó la noche sentado en el mismo lugar, con la mirada fija en los dos objetos que indicaban el fin



Santiago Hernández: *Orizaba (State of Veracruz)*

de la familia: el crucifijo y el recipiente con las cenizas. ¿Qué valor podían tener esos objetos sino el de la frágil evocación de un pasado compartido cuyo último eslabón era él, un hombre excluido de la vida? En adelante, los únicos testigos serían los retratos amarillentos del abuelo, el de la abuela muerta a temprana edad y el de dos tíos célibes, también desaparecidos en la juventud, figuras desvaídas por la humedad y empotradas en las paredes de las habitaciones a modo de una galería consagrada a los muertos. Únicamente la foto de la madre ocupaba otro lugar. Estaba puesta en un marco dorado en la mesita de noche de su dormitorio. La imagen mostraba a una joven con el brazo derecho apoyado en un pedestal y el izquierdo sobre el pecho sosteniendo una flor blanca, mirando muy seria hacia la cámara: “Te pido me recuerdes siempre así”, le dijo cuando le dio la fotografía en ocasión de



Anónimo: *La señora y sus hijas*

cumplir años. Si alguna vez la olvidara, ahí la tendría para recordarla tal y como la conservaba en la memoria infantil.

Hasta el amanecer mantuvo la misma posición estática. Entonces se levantó y caminó lentamente hacia la habitación de su madre, corrió las cortinas y se arrojó en la cama dispuesto a no despertar. **LPyH**

* Primer capítulo del relato del mismo título que integrará un volumen de cuentos en proceso de elaboración.

Mario Muñoz es maestro de tiempo completo en la Facultad de Letras Españolas. En su tiempo libre escribe relatos. Actualmente está al frente de la revista emblemática de la Universidad Veracruzana, *La Palabra y el Hombre*.